

ellos, el derecho de desterrarlos, al tratar de hacerles cambiar de residencia según su voluntad. Relativamente al delito de ofensa al rey, afirmó que, lleno de respeto hacia S. M. Luis XVIII, estaba seguro de no haber hecho ni escrito nada contra este respeto. Por último, en lo concerniente á la acusación de haber faltado á los deberes de caballero de San Luis, respondió muy por encima, diciendo que sin duda no conocía estos deberes, puesto que no descubría ninguno que fuese contrario á sus actos.

Estas respuestas eran tan naturales y tan fundadas, que hacían inútil cualquier otra defensa. El debate fué corto, y casi sin deliberar, le declaró libre por unanimidad el consejo de guerra. Fácilmente podrán imaginarse nuestros lectores la alegría y sobre todo las manifestaciones de esta alegría entre los militares que acudieron en masa á acompañar al general. Fué llevado á su casa en triunfo, y la impresión causada en Lille se propagó, en algunos días, en toda la Francia, á los numerosos enemigos del gobierno. Sus amigos ilustrados deploraron una causa en la que se habían expuesto de un modo tan desacertado y resuelto, de una manera tan peligrosa, tantas graves cuestiones á la vez. Las consecuencias naturales de todo esto eran que el ejército no considerase á Murat como enemigo, que no reconociese en el ministro de la Guerra el derecho de fijar residencia á los oficiales de reemplazo; y por último que jueces ó acusados, todos los militares no temiesen en ponerse en flagrante oposición contra la autoridad establecida.

Jamás circunstancia alguna pudo poner más en evidencia, más en relieve, la debilidad del trono restaurado. ¿En quién buscar apoyo contra enemigos tan desacertadamente provocados, cuando la fuerza pública se manifestaba hostil? Es cierto que quedaba al gobierno la guardia nacional, compuesta de clases medias que deseaban el sostenimiento de los Borbones, contenidos por la prudente intervención de los poderes públicos; pero en París, el ceño de los guardias de corps; en las provincias, el de los nobles que regresaban á ellas; en todas partes, la intolerancia del clero, las amenazas contra los poseedores de bienes nacionales, las pérdidas de la industria, arruinada por la introducción de los géneros ingleses, las pérdidas de territorio injustamente atribuidas á la restauración, y por último, la excitación del espíritu liberal, del que los Borbones eran un enemigo en vez de ser un aliado, alteraron en sumo grado las disposiciones de estas clases medias; y aun entre ellas, únicamente los ánimos pacíficos dotados de gran prudencia eran los que pensaban en la necesidad de la conservación de los Borbones, procurando corregirlos. Pero este sentimiento, abrigado por un escaso número de personas, ¿sería bastante para sostener á los Borbones contra tantas hostilidades de tan diversa especie? Nadie lo creía; y la idea, el presentimiento de un próximo cambio, idea que frecuentemente ocasiona lo que prevé, penetró en todos los ánimos.

Con efecto, cuando la opinión fatal de que un gobierno no puede durar más se divulga, los indiferentes ya desilusionados, se desilusionan mucho más, los interesados dirigen sus miradas á otras partes, los amigos azorados cometen mayores faltas todavía, y los funcionarios encargados de formular la defensa dudan en comprometerse por un poder que no ha de recompensar

ni sus esfuerzos ni sus peligros. Estos últimos, sobre todo, se mostraban entonces mal dispuestos en favor del gobierno. Casi todos pertenecían al imperio, porque los realistas, nobles ó no, emigrados ó residentes en el suelo patrio durante la emigración, á pesar de sus buenos deseos de ocupar los destinos, no habían podido conseguirlos del gobierno, á causa de la falta de conocimientos que tenían para el despacho de los negocios. Muchos, como hemos visto, habían puesto sus miras y alcanzado los empleos militares, lo que había producido una deplorable impresión en el ejército. Los otros habían pensado en empleos de Hacienda; pero Mr. Louis, que estaba poseído del fanatismo de su misión, los rechazó despiadadamente. Algunos aspiraron á los empleos administrativos; pero el abate de Montesquiou, no menos altanero con sus amigos que con sus adversarios, dijo que no bastaba haber emigrado para conocer la Francia y ser capaz de administrarla; y tanto por descuido como por pereza, no cambió más que veinte prefectos, de ochenta y siete que formaban el número total. Por último, respecto de los que habían soñado con los destinos de la magistratura, el gobierno estaba decidido á nombrarlos; pero la reorganización, desde mucho tiempo hacía anunciada, no estaba más que principiada, y no habían tenido ocasión de encontrar en ella empleos, mientras que la destitución de MM. Muraine y Merlin había sido, para los magistrados en activo servicio, un motivo de alarma. Así, pues, el ejército, profundamente hostil; los funcionarios, casi todos servidores del imperio, y sospechosos para la dinastía que no querían, disgustados de los realistas que aspiraban á sus empleos, y fatigados de la hipocresía que se veían obligados á usar; las clases medias, favorables al principio, desilusionadas después; la población del campo completamente perturbada á causa de los bienes nacionales, la de las ciudades inclinándose á favor de los revolucionarios por afición y por costumbre; y por último, algunos amigos poco numerosos y poco atendidos, entre los hombres ilustrados que preveían el peligro del restablecimiento del imperio; tal era, en resumen, la situación de las diversas clases de la sociedad francesa respecto de los Borbones; situación que se ponía más en relieve á cada uno de los incidentes que se sucedían con extraña rapidez.

Entre todas estas clases, indiferentes ú hostiles, la más temible, la de los militares, tenía el convencimiento de que el gobierno dependía de ella y que podría echarle abajo cuando quisiera. Hasta entonces, jamás se había visto en el ejército francés esta disposición, y afortunadamente no se ha vuelto á ver después; porque no hay nada más peligroso que un ejército que quiere tomar en las revoluciones del Estado otra misión que la de mantener el orden en nombre de las leyes.

Entonces, no tarda en ser el más funesto, el más abyecto de los instrumentos de revolución, porque se hace de pronto silencioso, indisciplinado, insaciable, y algunas veces cobarde; bueno para oprimir al Estado interiormente, impotente para defenderle de sus enemigos en el exterior, deshonrándole y deshonrándose, hasta el punto de destruirle con el hierro y el fuego, como hacían los pretorianos en la antigüedad, y los strelitz (1), los mamelucos y los genzaros en los tiempos modernos.

(1) Antiguo cuerpo de infantería moscovita.

(N. del A.)

Hasta la época que vamos describiendo, las revoluciones llevadas á cabo en Francia no habían tenido ninguna relación con el ejército; jamás le habían considerado ni como causa ni como fin, ni como medio; pero la revolución de 1814, verificada por toda la Europa sobre las armas, contra un jefe militar que había abusado de su genio y de la bravura de sus soldados, parecía haber sido especialmente dirigida contra el ejército francés, que experimentó profundamente sus consecuencias. Halagado un instante por los Borbones en las personas de sus jefes, no tardó en apercibirse de que, entre él y el gobierno, había la diferencia que existe entre un partido que ha defendido la patria y otro que ha querido invadirla; y por aquella vez (la única, lo repetimos, en nuestro siglo) concibió la idea de desempeñar un papel político, un papel revolucionario. «Arrojemos de sus puestos á estos emigrados;» este era el propósito de toda la juventud militar reunida en París. Volviese ó no Napoleón á colocarse á su cabeza, lo que deseaba ardentemente (¡ay! sin saber lo que deseaba) y estaba decidida á hacer, era echar por tierra al gobierno con sus propias manos, y lo más pronto posible. Los oficiales sin empleo lo anunciaban en alta voz, y cuando hablaban en este sentido, veían que los oficiales empleados, silenciosa ó explícitamente aprobadores, estaban dispuestos á secundarlos.

Respecto de los soldados, no había ninguna duda en cuanto á sus sentimientos, porque habiendo abandonado sus banderas á causa de la desertión general en 1814 los jóvenes, y habiendo sido reemplazados por los veteranos, que regresaban de las prisiones ó de las guarniciones lejanas, el ejército era, sobre todo en sus clases más ínfimas, tan hostil á los Borbones como adicto á Napoleón.

Un ministro de la Guerra, cualquiera que fuese, no era suficiente para contrarrestar semejantes disposiciones, y el mariscal Soult, á quien se eligió con la esperanza de que podría vencerlas, dominarlas, nada había podido conseguir. Su ejemplo de severidad, empleado con el general Exelmáns, había, por el contrario, llevado las cosas á un estado de fermentación de los más alarmantes. No era posible que oficiales de todas las graduaciones, generales, coroneles, comandantes, etc., hasta los simples subtenientes de reemplazo, reunidos á millares en París, repitiesen constantemente que era preciso arrojar de Francia á los emigrados, sin que de las palabras se propusieran pasar á los hechos; pero, por más que fuesen bastante numerosos para intentar por sí solos un golpe de mano, comprendían que el resultado sería infinitamente más seguro si contaban con alguno de sus camaradas que, hallándose en el desempeño de una comandancia general, pudiese disponer de tropas á una señal convenida. Desde este punto de vista, estaban perfectamente favorecidos por las circunstancias, porque muchos de sus camaradas, los más petulantés, desempeñaban comandancias á poca distancia de París. El brillante Lefebvre-Desnoettes había quedado al frente de la caballería de la guardia, estacionada en el Norte. Los hermanos Lallemand, oficiales de mucho mérito, y de los más animosos contra la restauración, mandaban uno el departamento del Aisne y el otro la artillería de La-Fere. Por último, uno de los primeros jefes de división del imperio, Drouet, conde de Erlón, hijo del an-

tiguo maestro de postas de Varennes, se hallaba al frente de la 16.ª división militar, en Lille. Los cuatro podían reunir quince ó veinte mil hombres, llevarlos á París, juntarlos con los millares de oficiales de reemplazo que se habían aglomerado en la capital, y no teniendo que luchar más que con la servidumbre del rey, estaban segurísimos de alcanzar el triunfo. Sin embargo, á pesar de estas condiciones, tan amenazadoras para el gobierno, su éxito era menos seguro de lo que se imaginaban, como no tardó en demostrarlo el resultado; porque, afortunadamente, el sentimiento de la obediencia está tan arraigado en el ejército francés, que no es fácil impulsar á las tropas, ni aun halagado sus pasiones, á obrar en un sentido contrario á sus deberes. Sin embargo, los oficiales descontentos estaban llenos de confianza, y á decir verdad, jamás otros conspiradores tuvieron más fundamento para esperar el triunfo de su empresa.

Se pusieron de acuerdo entre sí, oficiales pasivos y oficiales activos, y comprendiendo que en las empresas de aquel género un gran nombre es una importante condición de éxito, pensaron en el único gran hombre militar á quien se había dejado en el olvido, en el mariscal Davout. Este personaje, grave y severo, el más firme observador de la disciplina militar, era poco á propósito para conspirar; pero le había herido profundamente la conducta que habían usado para con él, y esta conducta era verdaderamente incalificable, porque estaba proscrito á petición del enemigo, por haber sostenido la defensa de Hamburgo, una de las más memorables que recuerda la historia. En vista de esto, no rechazó á los jóvenes y petulantés generales que se habían dirigido á él. Dispuesto del mismo modo que ellos á considerar como extranjeros á los Borbones, lisonjeándose de poder, con una palabra enviada á la isla de Elba, hacer volver á Napoleón, colocándole de nuevo al frente del imperio; la empresa que le proponían no era, á sus ojos, más que la substitución de un gobierno nacional por otro antinacional, impuesto á la Francia por la Europa. El mariscal, sin comprometerse precisamente con los jóvenes partidarios de este proyecto, les manifestó bastante simpatía para inspirarles confianza de que sería su jefe; y alegres de semejante adhesión, é indiscretos como jóvenes alegres, apenas se cuidaron de ocultar sus esperanzas.

Con todo, al trabajar de aquella manera por Napoleón, era preciso trabajar con él, con su asentimiento, con su ayuda, y ponerse desde luego en comunicación con los que se suponía que eran sus representantes. Sin dejar de buscar siempre los nombres célebres de los militares del imperio, los que trataban de desembarazarse de los Borbones, pensaron también en adherirse los nombres célebres civiles, á fin de entrar en relaciones con Napoleón con el auxilio de un intermediario. No podían recurrir al prudente Cambaceres, á quien su timidez y su gravedad hacían inaccesible; al rudo Caulaincourt, que huía de toda clase de relaciones; al sospechoso y vigilado duque de Rovigo, al que era imposible acercarse sin denunciarse á la policía; y en vista de esto se habían dirigido á los dos hombres que pasaban por gozar de la confianza personal de Napoleón, Mr. Lavallette y Mr. de Basano. Pero Mr. Lavallette había recibido de Napoleón, durante la última campa-

na, un depósito de un millón seiscientos mil francos en especies metálicas, que constituían toda la fortuna personal del antiguo emperador, y le guardaba cuidadosamente, para devolverle á la menor indicación de su dueño.

Temiendo descubrir un depósito de dinero que podría llegar á ser el pan de su señor, movido por su fidelidad, le ocultó con muchas precauciones en su propia casa, y para esconderle mejor se ocultó él mismo, no queriendo ni hablar ni ver á nadie. Así, pues, los agentes de la empresa proyectada no tenían más remedio que acudir al leal y siempre visible duque de Basano; y después de hablarle, le fascinaron y le atemorizaron á la vez: le fascinaron, probándole que no se cesaba de pensar en Napoleón; le atemorizaron, confiándole un proyecto que comprometía á todo el mundo, y particularmente á Napoleón, quien, en la isla de Elba, permanecía bajo el poder de las potencias expuesto á sufrir las consecuencias de los actos de sus amigos. Lo que contribuía además á intimidar á Mr. de Basano era que, después de la partida de Napoleón para la isla de Elba, no había recibido ninguna comunicación suya ni se había atrevido á dirigirse á él. Los hombres que habían servido á Napoleón estaban tan acostumbrados á esperar su iniciativa, que jamás se hubieran atrevido á prevenirla; y después de su caída, no habían cambiado en esto.

Las torpezas de los Borbones les habían devuelto la esperanza, sin inspirarles una espontaneidad de acción, de la que en todo tiempo habían carecido. Mr. de Basano, íntimamente unido con los jóvenes generales que se agitaban por entonces, les declaró que no se hallaba en comunicación con Napoleón, y que por tanto, no podía darles ni su dictamen ni su asentimiento, ni mucho menos, la autoridad de su nombre. Después les suplicó que no comprometieran á su antiguo jefe, quien, siempre á merced de sus enemigos, podía con una sola orden de Viena, ser violentamente conducido á regiones lejanas, bajo un cielo mortífero. Esta reserva no fué considerada más que como una prudencia peculiar á los personajes políticos, y las jóvenes y exaltadas imaginaciones, deseosas, impacientes de levantar al caído imperio, no se desanimaron ni se vieron sumidas en la duda con la manera de expresarse del antiguo confidente del emperador.

Había además otro concurso que era muy natural desear y esperar, el del partido revolucionario. Aunque los Borbones hubieran tratado á los revolucionarios, y particularmente á los *votantes*, con las conveniencias que su aversión hacía imposibles, acaso no hubieran podido conciliarse su afecto; pero si, á esta dificultad fundamental, se añaden los sangrientos ultrajes prodigados todos los días á los revolucionarios por los periódicos realistas, se comprenderá fácilmente que su antipatía se hubiese trocado en un odio violento. Bajo la influencia de estas disposiciones, Carnot escribió y dejó publicar la famosa memoria de que ya hemos hablado; Sieyès, de una moderación desdeñosa, pasó á un desencadenamiento que no le era habitual, y una porción de personajes de su partido siguieron su ejemplo, excepto Barras, quien poco cuidadoso de volver á hallarse bajo el poder del ingrato general cuya fortuna había comenzado á labrar, deseaba morir pacíficamente bajo el cetro

de los Borbones, á los que hacía llegar algunos consejos, de los que apenas se cuidaban. Con excepción suya, los demás revolucionarios estaban exasperados: satisfechos al principio con la caída de Napoleón, la deploraban entonces, y deseaban con extremo su vuelta. A su cabeza se veía, como de costumbre, agitarse á Mr. Fouché, quien buscaba en todas ocasiones un papel que desempeñar, y que, mezclándose en todos los asuntos, se había creado uno especial. Al mismo tiempo que, como hemos visto, se ponía en relaciones con los agentes del conde de Artois, y con el mismo conde de Artois, prometiendo salvar á los Borbones si los Borbones se ponían en sus manos; escribía á Viena á Mr. de Metternich para darle, sobre el modo de arreglar la Europa, sus ideas, que Mr. de Metternich no le pedía, y aconsejaba á Napoleón que se fugase á la América, deseando sinceramente librar de él á la Europa y librarse á sí mismo. Luego, siempre yendo y viniendo de un partido al otro, después de haber excitado á los revolucionarios contra los emigrados, hacía creer á los emigrados que era espantosa la agitación reinante, con la esperanza de que le llamasen para calmarla.

Sin embargo, la última modificación ministerial, por medio de la cual Soult había subido al ministerio de la Guerra y Mr. de André á la dirección de Policía, quitándole la próxima esperanza de llegar al poder; como todos los hombres de su partido, aunque por motivos diferentes, pasó de la indulgencia á la cólera en contra de los Borbones, y estaba pronto á reunirse con cualquiera que tratase de destronarles. Era, pues, muy difícil que se tramase algo contra ellos sin que Fouché tomase parte en la empresa, sin que desempeñase en ella el principal papel. Pero los bonapartistas no se fiaban mucho de él, y preferían al conde Thibaudeau, antiguo convencional, antiguo regicida, antiguo prefecto del imperio, hábil y fuerte, que se había retirado á París, huyendo del resentimiento de los marseleses, exasperados contra su administración. Revolucionario de sentimientos, bonapartista por ambición, pero por lo demás leal en sus relaciones, había sido el lazo de los revolucionarios con los bonapartistas, hasta el momento en que Mr. Fouché se introdujo en el seno de todas las conspiraciones para dirigir las á su gusto y en su provecho.

Mr. Fouché, ofreciendo como garantía á los revolucionarios su cualidad de regicida, á los bonapartistas la de ser el ministro más antiguo de Napoleón, y presentando á todos como título esencial una actividad y un acierto célebres, no tardó en ser el personaje principal ni en querer imponer sus ideas á los demás. Ahora bien, su idea capital era la de destronar á los Borbones, pero sin substituirlos con Napoleón. Decía que, para un nuevo estado de cosas, era preciso también un nuevo príncipe, liberal como la generación de entonces, que no inspirase á la Europa el odio de que era objeto Napoleón, y que no estuviere, como él, expuesto á ver atravesar el Rhin para destronarle á seiscientos mil hombres; decía que la Francia, cansada ya de guerra y de despotismo, no quería á Napoleón más que á los Borbones, y que sólo había dos príncipes aceptables, el duque de Orleans ó Napoleón II, bajo la regencia de María Luisa; que el duque de Orleans, sujeto por los lazos de su familia, no podía separarse de ella para

prestar su apoyo á una revolución; que sus manifestaciones favorables se limitaban á tratar con más afabilidad á los hombres del ejército y de la revolución, pero que era imposible basar en semejantes fundamentos una empresa de tanta importancia como era la de un cambio de gobierno; que la única resolución conveniente que debía darse á la cuestión, era la de elegir al rey de Roma, con la regencia de María Luisa; que, al proponerse este fin, se contaría con el Austria, con el Austria se alcanzaría el asentimiento de la Europa, y con el asentimiento de la Europa, la paz; que además, el ejército se consideraría muy dichoso al ver renacer el imperio, Napoleón se juzgaría indemnizado en la persona de su hijo del trono que había perdido, y por último, los revolucionarios y los liberales completamente satisfechos, porque encontrando con el hijo la gloria de su padre sin su despotismo, desembarazados al mismo tiempo de las vejaciones de la emigración, tendrían todas las razones imaginables para afiliarse á un régimen que les proporcionaría todas las ventajas del imperio sin ninguno de sus inconvenientes.

Estas ideas, aunque sensatas bajo muchos conceptos, como todas las que se alegaban para intentar una nueva revolución, estaban basadas en un error fundamental, el de suponer que era posible dar á los Borbones otro substituto que Napoleón. La regencia de María Luisa era un puro ensueño, porque el Austria no hubiera entregado ni á María Luisa ni á su hijo, y esta princesa hubiera sido incapaz de desempeñar el papel que querían confiarla, el que, por otra parte, no deseaba desempeñar. El duque de Orleans, que podía verse obligado un día, hallándose vacante la corona, á ceder al deseo irresistible de la opinión pública, no hubiera anticipado ni provocado este deseo, que entonces era muy vago. Siendo imposible, pues, echar mano de María Luisa y del duque de Orleans por motivos diversos, era preciso contar con Napoleón, lo que equivalía á una provocación insensata y desastrosa á la Europa, ó conservar á los Borbones modificándolos, única cosa que hubiera sido entonces honrada y razonable. Mr. Fouché, prudente en apariencia, era en realidad tan aturdido y menos inocente que los jóvenes exaltados á quienes pretendía dirigir. A pesar de esto, producía con sus discursos alguna impresión en muchos de los antiguos servidores del imperio, que recordaban el despotismo, la ambición de Napoleón, que temían su resentimiento (porque casi todos le habían abandonado), y más que nada el efecto que causaría su presencia en Europa. Sin embargo, era difícil inducir á los jóvenes generales, prontos á arriesgar su cabeza, á que pensasen en otro hombre que en Napoleón, y se dejó á un lado esta cuestión para ocuparse sólo de la primera, de echar por tierra á los Borbones. Los autores de este proyecto no veían más que un medio de realizarle, el de reunir las tropas de que disponían algunos de ellos, dirigir las á París, agregarlas á los oficiales de reemplazo, y con estos recursos, dar un golpe de mano. En los meses de enero y de febrero de 1815 se llegó á hablar en París de este plan, con una indiscreción tan singular que no podía menos de chocar al mariscal Davout, demasiado grave para tomar parte en una empresa dirigida con tanta ligereza, y de alarmar á Mr. de Basano, temeroso siempre de comprometer á Napoleón, obrando sin haberle con-

sultado antes; así es que repetía á los jóvenes militares que no se hallaba en comunicación con la isla de Elba, que por este motivo no podía prestarles auxilio alguno, y que les suplicaba que no comprometiesen á Napoleón, á quien una imprudencia expondría á ser deportado á los confines del globo.

Mr. Lavallette, por más que se ocultase de todos, no dejó de encontrarlos y de hablar con ellos del asunto que les preocupaba. Les suplicó á su vez que estuviesen tranquilos, que no tratasen de anticiparse á los designios de Napoleón; y ellos le respondieron que no necesitaban ni el asentimiento ni el concurso de nadie para derrumbar á un gobierno tan antipático como lo era para ellos, y cuya existencia dependía completamente de su voluntad. Persistían, pues, en sus proyectos y visitaban con frecuencia á Mr. Fouché, quien había procurado ganar su afecto, porque veía en ellos un hilo más que mover, logrando lo que se proponía por el medio más fácil, el de escucharlos sin contradecirlos.

Si se llama conspiración á todo deseo de trastorno acompañado de frases amenazadoras, seguramente había una en todo lo que acabamos de referir. Pero si se llama conspiración á un proyecto bien concebido, entre personas formales, queriendo firmemente conseguir un objeto, decididas á jugar su cabeza si es preciso, y teniendo combinados sus medios con prudencia y precisión, no se puede decir que lo fuese la empresa á que nos referimos. Aquellos jóvenes oficiales querían sin duda alguna deshacerse de los Borbones, aunque esto fuese á precio de su vida, lo que les importaba poco: algunos de ellos al frente de las tropas tenían en sus manos poderosos medios de acción, y entre ellos no se puede negar que existía conspiración; pero entre los pretendidos jefes era otra cosa muy distinta. El mariscal Davout había escuchado sin comprometerse proyectos que halagaban á su rencor, pero que no estaban de acuerdo ni con su buen juicio ni con sus costumbres de disciplina. Mr. Lavallette había rechazado toda clase de confianzas. Mr. de Basano, no desentendiéndose tan completamente como Mr. Lavallette, había cuidado de que no comprometieran á Napoleón en modo alguno, afirmando que nada le había dicho, que nada le diría. En cuanto á los duques de Vicence y de Rovigo, lo mismo que al príncipe de Cambaceres, ni tan siquiera les habían hablado. El mariscal Ney y los demás jefes del ejército que, según se decía, se hallaban descontentos, ignoraban completamente lo que sucedía, eran sospechosos á sus antiguos camaradas á causa de los reales favores que habían aceptado, y únicamente sabían, como todo el público, que París estaba inundado de oficiales de reemplazo, dispuestos á llevar á cabo las mayores locuras. El único personaje que, por su deseo de figurar en todas partes, se hallaba al cabo de estos proyectos, era Mr. Fouché, y á decir verdad, él era el verdadero jefe de los revoltosos, porque lejos de desanimarlos, era su confidente, su consejero, y pocas veces su moderador. Por tanto, si la conspiración existía, él y los militares cuyas pasiones halagaba favoreciendo sus designios, eran el foco de ella. Pero apenas podía afirmarse que existiese, porque nada estaba fijado, ni la época, ni el plan, ni los cooperadores de la empresa. La policía, que en todas partes quería adivinar complots, no sabía descubrir el único que presentaba visos

de realidad. Vigilaba á los militares en general, pero menos á los que hemos nombrado que á los otros. En cuanto á Mr. Fouché, estaba muy lejos de considerarle como á un personaje peligroso, digno de ser espiado en todas sus acciones. La policía oficial le designaba sí como un personaje sospechoso del que debía desconfiarse; pero la policía oficiosa del conde de Artois le miraba como el más hábil de los hombres, como el más poderoso, como el único á quien podía confiarse la salvación de la dinastía y de la Francia. A dar crédito á las palabras de esta policía, los verdaderos conspiradores eran Mr. Cambaceres, quien apenas se reunía con unos cuantos amigos á la hora de comer; Mr. de Basano y Mr. Lavallette, que procuraban, como hemos dicho, separarse de toda empresa que pudiese comprometerles; el duque de Rovigo, á quien nadie quería ver, y que á su vez huía de todo el mundo, lamentándose de no encontrar más que amigos ingratos; y por último, la reina Hortensia, que había aceptado la protección del emperador Alejandro y las atenciones de Luis XVIII, ocupándose en pleitear contra su marido para alcanzar la posesión de sus hijos, y que por más que fuese adicta á Napoleón, se hallaba tan abatida con su caída que no podía imaginarse que fuese posible su vuelta.

Según esta misma policía, que se llamaba la de palacio, el príncipe de Cambaceres, Mr. de Basano, monsieur Lavallette y la reina Hortensia mantenían correspondencia con Napoleón, recibían una parte de sus tesoros para costear los complots que se tramaban, y las ramificaciones de esta conspiración se extendían más lejos todavía, porque Mr. de Metternich, disgustado con las potencias del Norte y puesto por la reina de Nápoles en relaciones con Napoleón, trataba de hacerle volver á la escena política para vengarse de unos aliados ingratos que querían apoderarse de la Sajonia y de la Polonia.

Los sucesos expuestos antes de ahora en nuestra historia bastan para demostrar el fundamento de las suposiciones de la policía. Mr. de Cambaceres, Mr. de Basano y Mr. Lavallette poseían, es cierto, la más entera confianza de Napoleón, y justamente porque la merecían, se hubieran guardado muy bien de dar parte en ella al primer quidam que lo hubiese deseado. La reina Hortensia era muy adicta á su padre político, pero, en aquellos momentos, la madre había sofocado por decirlo así á la hija adoptiva. Mr. de Metternich estaba descontento de la Prusia y de la Rusia, le había costado gran trabajo desentenderse de la corte de Nápoles, pero ya se ha podido ver si pensaba servirse de Napoleón para resistir á las pretensiones de los rusos y de los prusianos; y en cuanto á Napoleón, no tardaremos en saber si tenía dinero para emplearlo en las empresas que le achacaban y si dirigía ó tomaba parte en las que se preparaban en Francia. El verdadero inconveniente de estas extravagantes invenciones á las que con frecuencia dan oído los gobiernos cuando no dirige sus actos una fría y sólida razón, el verdadero inconveniente, decimos, era el separar la atención de los peligros ciertos para fijarla en los peligros imaginarios; era hacer abandonar, como sucede en la caza, las verdaderas pistas, para encaminarse por las falsas. Se descuidaba la vigilancia de Mr. Fouché, á quien por el contrario trataban con los mayores miramientos, y hasta

apadrinaban las dos clases de policía; no sospechaban de ninguno de los jóvenes generales que mandaban tropas en el Norte, y cuya audacia podía ser muy en breve peligrosa; y se fijaban los ojos, y se descargaba todo el odio en unos hombres que sin duda deseaban la caída del gobierno, pero de los cuales no había uno siquiera dispuesto á alzar su brazo contra él. Todos los días, pues, asediaban con los rumores alarmantes de que hemos hecho mención al conde de Artois, que siempre amedrentado creía todo lo que le decían; á Luis XVIII, que cansado ya con las continuas alarmas de su hermano no daba crédito á ninguna; y al gobierno, que por carecer de una dirección firme y sagaz, flotaba entre creerlo todo ó no creer nada, pasando de este modo al lado de los peligros, no sin temor de ellos, sino sin comprender su importancia.

Mr. de Basano, á un tiempo inquieto y satisfecho con las noticias que sabía, temblaba sin embargo con la idea de que una empresa tan grave como la que se pensaba llevar á cabo se intentase sin advertir de ella á Napoleón, cuyas intenciones podía contrariar, exponiéndole á que se tomaran medidas crueles en perjuicio suyo; y en último caso una empresa que, ejecutada sin él, podía ser más ventajosa para otros que para el desterrado de la isla de Elba. El leal servidor quería, pues, dar cuenta á Napoleón de lo que sucedía, y cuando buscaba los medios de hacerlo, el celo de un joven desconocido se los proporcionó de improviso.

Un auditor del imperio, Mr. Fleury de Chaboulón, dotado de talento, de entusiasmo y de ambición, fastidiándose en París de no ser nada, resolvió dirigirse á la isla de Elba para poner su actividad desocupada al servicio del emperador destronado.

Pero quería llegar hasta él con una recomendación que le asegurase una acogida favorable, y se dirigió para esto al duque de Basano, quien le escuchó primero con recelo, confiándose á él más tarde cuando se convenció de su buena fe, y concluyendo por encomendarle la misión de exponer verbalmente á Napoleón la verdadera situación de la Francia, es decir, la impopularidad cada día mayor de los Borbones, la frialdad con que la clase media los trataba, la irritación de los poseedores de bienes nacionales, la exasperación del ejército, la disposición en que se hallaban los jóvenes militares de arriesgar la cabeza si era preciso; por último, la opinión, universalmente acreditada, de que aquel estado de cosas no podía durar, y que se cambiaría en favor de la familia Bonaparte ó en el de la de Orleans. Obligando Mr. Fleury de Chaboulón á Mr. de Basano á explicarse más claramente, á que le encomendase dar un dictamen, un consejo á Napoleón, el de abandonar la isla de Elba, por ejemplo, para desembarcar en Francia, Mr. de Basano le contestó con razón que no podía tomar sobre sí semejante responsabilidad, y que por otra parte no se podían dar consejos á un hombre como Napoleón, ni mucho menos consejos como el de que se trataba. Mr. Fleury de Chaboulón fué únicamente encargado de llevar á la isla de Elba la exposición exacta de la situación del país, con recomendación expresa de no decir nada que pareciese una excitación á obrar en uno ó en otro sentido. El duque de Basano se negó á confiarle ningún escrito, pero le dió un signo de reconocimiento, para que Napoleón supiese de parte de

quién iba. Mr. Fleury de Chaboulón partió en enero, pasó por Italia, cayó enfermo en el camino, y no pudo llegar á la isla de Elba hasta mediados de febrero.

Antes de dar á conocer los resultados de su misión, nos parece conveniente referir cómo Napoleón vivía en la isla de Elba, después de haber pasado del imperio del mundo á la soberanía de una de las más pequeñas islas del Mediterráneo. Con efecto, es un espectáculo sumamente curioso y digno de las miradas de la historia el que ofrecía aquella actividad prodigiosa que, después de haberse extendido sobre la Europa entera, yacía encerrada en un espacio de algunas leguas, y sólo se ejercitaba sobre doce ó quince mil súbditos y un millar de soldados. No llenaríamos completamente nuestro deber si no le bosquejásemos.

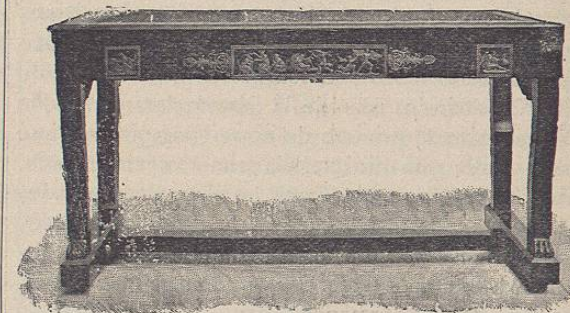
Napoleón, transportado á la isla de Elba en la fragata inglesa el *Undaunted*, fondeó el 3 de mayo de 1814 en la rada de Porto Ferrajo, y desembarcó al día siguiente. Algunos días antes de su llegada, los habitantes le habían quemado en efigie por los motivos que volvieron contra él á todos los pueblos del imperio: la guerra, las quintas, los derechos reunidos. Pero al saber su próximo arribo, olvidaron su cólera y acudieron á recibirle impulsados por su ardiente curiosidad. Después manifestaron una inmensa alegría, creyendo que se verían libertados del yugo de la Toscana, que el nuevo monarca les llevaría riquísimos tesoros, fomentaría el comercio considerablemente, y con su genio creador, no tardaría en hacer de su isla alguna cosa extraordinaria. Cuando llegó, le condujeron con gran pompa á la iglesia y en ella se cantó un *Tedéum*, presentándose Napoleón con gusto á estas demostraciones, como si hubiese podido participar en algún modo de su alegría pueril.

Conformándose con lo que la suerte le deparaba, no pareciendo apercebirse de que cuanto le rodeaba era pequeño, puso manos á la obra, al día siguiente de su llegada, y comenzó por recorrer á caballo toda la circunferencia de la isla. Después de andar esta extensión en algunas horas, formó el plan que debía seguir para gobernar su nuevo reino, con el mismo celo que quince años antes consagraba á la reorganización de la Francia.

Sus primeros cuidados fueron dedicados á la ciudad de Porto-Ferrajo, situada sobre una altura á la entrada de un hermoso golfo hacia el lado de Italia, y con vistas á las montañas de Etruria. En otro tiempo había estado fortificada y todavía podía llegar á ser una plaza capaz de oponer alguna resistencia.

Napoleón dispuso que inmediatamente fuese puesta en un completo estado de defensa. Al hacerse seguir á la isla de Elba por un destacamento de su guardia, trató de asegurarse la voluntad de muchos centenares de hombres leales, ya para defenderse contra una violencia ratera, ó ya para que sirviesen de base á cualquier empresa atrevida, si por acaso se decidía á intentar alguna. Estos compañeros de destierro, en número de mil, encerrados en una buena plaza marítima, con víveres y municiones, podían defenderse en ella algunas semanas y darle tiempo para fugarse si los soberanos, sintiendo haberle dejado demasiado cerca de Europa, trataban de deportarle al Océano. Se apresuró, pues, á mandar reparar las murallas de Porto-Ferrajo, á reunir en ellas la artillería, distribuída en las costas de la isla

durante la última guerra, á concluir y á armar los fuertes que dominaban la rada, y á preparar almacenes para llenarlos de víveres y municiones. En muy pocas semanas, Porto-Ferrajo se convirtió en una plaza fuerte, inexpugnable á no ser por una numerosa expedición. Napoleón ganaba con estas precauciones, además de los medios de defensa, la ventaja de poder conocer con más seguridad la importancia de lo que se meditase en contra suya, por el número más ó menos grande de tropas que fuese preciso enviar para violentarle. No se limitó á esto su precaución. Una pequeña isla dependiente de su soberanía, la de Pianosa, á tres leguas de Porto Ferrajo, ofrecía las circunstancias más favorables á sus designios. Esta isla llana, cubierta de excelentes pastos, de mucho precio en aquellos climas, estaba do-



Mesa de trabajo de Napoleón en la isla de Elba
(Colección del príncipe Rolando Bonaparte)

minada por una roca cortada á pico, y por un fuerte, donde sólo cincuenta hombres podían ser casi inexpugnables. Dispuso que este fuerte fuese puesto en estado de defensa, envió á él víveres y una pequeña guarnición, y sin confiar á nadie su secreto, arregló las cosas de manera que desde el fuerte se pudiese por la noche descender á la playa, embarcarse y dirigirse á alta mar, lo que la posición de la isla hacía fácil, porque estaba situada no hacia el lado de la Toscana sino al del pleno mar. Napoleón contaba, pues, con el recurso, si acudían á buscarle, de refugiarse en la isla de Pianosa durante la noche, embarcándose después en ella para cualesquiera regiones. A fin de utilizar los pastos, mandó conducir á ella sus caballos y su ganado, aprovechándose de estas ventajas que ofrecía la isla para alejar toda idea de un establecimiento militar.

Después de haber atendido á la defensa de la isla de Elba, Napoleón organizó en ella una policía de las más vigilantes. No era posible entrar más que en Porto Ferrajo, capital de la isla, ó bien en Río, Porto Longone y Campo, pequeños puertos situados los unos al Oeste, los otros al Este, y destinados éstos al servicio de las minas, aquéllos al comercio de los géneros del país. Destacamentos de gendarmes cuidaban de evitar el acceso de las costas por otros puntos que los ya designados, y una policía marítima muy bien organizada, en cada uno de los puertos abiertos, sometía á los que llegaban, cualquiera que fuese su clase, á un examen rápido y seguro. Cuatro ó cinco horas después de cada arribada á los parajes más alejados de Porto Ferrajo, sabía Napoleón quién había llegado á su isla, y para qué. Para obrar de este modo tenía muchos y